

dor: la ley era terminante y el derecho incontestable; y el pueblo, excitado por las fanáticas declamaciones de la mujer, hacía peligrosa la negativa. El Sultán, que lo era Abd-er-Rhaman, dirigióse al cónsul inglés, suplicándole, como especial favor, que indujera á su conciudadano á acceder á la pretensión de la vieja: el hijo de Albión contestó que por nada del mundo consentiría. En vista de esto el Sultán volvió á escribir que si accedía á ello, le concedería en recompensa el privilegio mercantil que mejor le pareciera. Esta vez le llegaron al alma al mercachifle las palabras del emperador y cedió. La vieja salió de Fez colmando de bendiciones el nombre del piadoso Abd-er-Rhaman, y volvió á Mogador, en cuyo punto, en su presencia y en la de un gentío inmenso, que había acudido á presenciarlo, fueron rotos dos dientes al nazareno. Cuando los vió caer al suelo, dió aquélla un grito de victoria y los recogió con alegría feroz. En cuanto al mercader, merced á los privilegios que se le concedieron, en menos de dos años redondeó su fortuna, y volvió á Inglaterra feliz siquier desdentado.

* * *

Cuanto más estudio á estos moros, más me inclino á creer que se acerca mucho á la verdad el juicio que de ellos han formado los viajeros, del cual dudaba en un principio, cuando contestes manifiestan que son una raza de víboras y raposas, falsos, pusilánimes, humildes con los fuertes, insolentes con los débiles, comidos por la avaricia, devorados por el egoísmo, y presa de las pasiones más abyectas que pueden germinar en el corazón humano. Y se explica perfectamente. La naturaleza del gobierno y el estado de la sociedad no consienten en

manera alguna que acaricien aspiraciones elevadas: trafican y comercian; pero desconocen por completo el trabajo que fatiga y ennoblece: al propio tiempo nada saben de los placeres que dimanen del ejercicio de la inteligencia: no se curan de la educación de sus propios hijos: para ellos la vida no tiene fin alguno elevado, y por consiguiente se entregan en cuerpo y alma á cuanto pueda conducirles á alcanzar dinero, repartiendo el tiempo que les deja libre semejante ocupación, entre un ocio soñoliento que les debilita, y unos placeres sensuales ciegos, desenfrenados y groseros que les embrutecen. Resultado preciso de vida tan afeminada es que sean quisquillosos, vanos, malignos y murmuradores; que se quiten unos á otros la reputación de un modo despiadado; que mientan por costumbre con increíble impudencia; que finjan sentimientos religiosos y compasivos, y no vacilen en sacrificar un amigo por una peseta; que desprecien el verdadero saber y crean á pies juntillas las más absurdas supersticiones del vulgo; que se bañen diariamente el cuerpo, y los montones de inmundicia obstruyan su propia morada; y además de todo esto, que abriguen un orgullo satánico, que cuando es menester saben disimular bajo una apariencia al par digna y humilde, que semeja expresión de carácter elevado y gentil. Al principio, fiado en su aspecto exterior, pude engañarme; mas al presente tengo la íntima convicción de que el más insignificante de ellos está persuadido de valer muchísimo, infinitamente más que todos nosotros juntos. Los árabes nómadas conservan siquiera la sencilla austeridad de sus antiguas costumbres, y los berberiscos de las montañas demuestran guardar el espíritu belicoso, el valor y el amor á la independencia que distinguieron á sus pasados. Los de las ciudades encierran en sí la barbarie, la depravación y la soberbia, y constituyen la parte más importante y

poderosa de la población del imperio, y aquella de la cual resultan los mercaderes, los ulemas, las clases superiores, los cadíes, los bajaes; la que posee los magníficos palacios, los grandes harenes, las mujeres hermosas, los tesoros inmensos y que se reconoce fácilmente por su corpulencia, su color claro, su mirada astuta, sus desmesurados turbantes, su reposado andar, su afeminación, sus perfumes y su vanidad.

* * *

El moro Scellal nos ha llevado á tomar el té á su casa. Por medio de un corredor estrecho hemos penetrado en un patinejo oscuro, pero bellissimo; bellissimo sí, pero tan sucio como la casa más sucia de la judería de Alcázar. Además de esto, los mosaicos del suelo y de las columnas estaban negros, viscosos, resbaladizos. En el piso bajo se ven dos habitaciones oscuras: en el principal una galería que da vuelta al edificio, y en la parte superior del muro, el pretil de la azotea. El corpulento moro nos invitó á que nos sentáramos junto á la puerta de su cuarto dormitorio, nos sirvió té y dulces, quemó áloe, nos roció con agua rosada y nos presentó á dos de sus hijos, monísimas criaturas que se acercaron á recibir nuestras caricias, pálidos como la cera y temblando de miedo como la hoja en el árbol. En el opuesto lado del patio hallábase una muchacha negra de unos quince años, sin más vestido que una túnica abierta por un lado, de manera que dejaba descubierta la pierna desnuda desde la cadera hasta el pie, y ceñida de tal modo que dejaba adivinar completamente todas las formas de su cuerpo, el más bello, elegante y seductor, lo aseguro sobre la cabeza del señor Ussi, que he visto en Marruecos, hasta el momento

en que escribo. Era una esclava. Permanecía apoyada en una de las columnas, con ambas manos cruzadas sobre el seno, y nos contemplaba con ademán de la más suprema indiferencia. Al cabo de poco rato apareció por distinta puertecilla otra negra, mujer como de treinta años, de elevada estatura, robustas formas, severa mirada, y erguida como un pitaco, que, según nos pareció, debía ser una de las favoritas del amo de la casa, puesto que se le acercó familiarmente, murmuróle no sé qué razones al oído, y le arrancó una involuntaria caricia, colocándole una mano sobre los labios, con ademán entre distraído y cariñoso, que hizo sonreír al morazo. Al levantar los ojos vimos toda la galería del piso superior y el pretil de la azotea, coronados de cabezas femeniles que se ocultaron inmediatamente. No es posible que fuesen todas de la casa: lo que debió suceder es que las de ésta habrían dado á sus amigas de la vecindad cuenta detallada de la visita de los cristianos, y éstas, impulsadas por la curiosidad, saltando paredes y atravesando azoteas, habríanse llegado á la morada de Scellal. En cierta ocasión en que estábamos mirando hacia el patio, vimos á tres de aquéllas, que se deslizaron como sombras junto á nosotros, con la cabeza completamente cubierta, las cuales desaparecieron por una puertecilla cercana. Eran tres amigas que no habían podido llegar por las azoteas y tuvieron que resignarse á entrar por la puerta: al cabo de breves instantes aparecieron sus cabezas sobre el antepecho de la galería. En resolución, la casa habíase convertido en teatro, y nosotros dábamos la función. Las espectadoras, completamente veladas, cuchicheaban, reían descompasadamente, se asomaban y retiraban con tal rapidez que no parecía sino que obraban movidas por un resorte: á cada uno de nuestros movimientos seguía un gran

tumulto en los palcos del principal: adivinábase perfectamente que las espectadoras se solazaban á más y mejor, que acumulaban materia para un mes de conversación, y que no acababan de volver del gozo que las proporcionaba el encontrarse tan inesperadamente ante un espectáculo para ellas tan bizarro como extraordinario. Por nuestra parte, complacientes hasta el extremo, no les escaseamos el placer, pues siquiera soberanamente aburridos y extraordinariamente fastidiados, — efecto que invariablemente produce al cabo de breve tiempo la permanencia en una casa morisca, aun cuando no pueda ser más cortés la hospitalidad que en ella se recibe, — permanecemos casi una hora en aquella disposición. Y este efecto por las casas árabes producido, se explica perfectamente, porque, por ejemplo, después de haber contemplado los bellísimos mosaicos, las graciosas esclavas, los niños monísimos, se busca instintivamente, por decirlo así, el ser que encarna la vida doméstica; que representa la gracia y la cortesía de la casa; que atiende á la hospitalidad; que comunica calor al ambiente del hogar; que anima la conversación, — se busca, en suma, la perla de la concha, — y no viéndose otra cosa más que mujeres á las cuales el dueño concede abrazos, pero sin darles el corazón, hijos de madres desconocidas, y toda la casa personificada en uno solo, la hospitalidad se convierte en fría, extrínseca ceremonia, y los rasgos simpáticos del amigo que os honra, desaparecen bajo el aspecto repugnante de un egoísmo odioso y sensual.

* * *

No cabe dudar que esta gente nos odia con todo su corazón, ó por lo menos no puede vernos ni en pintura:

y la verdad es que buenas ó malas no le faltan para ello razones poderosas. En los descendientes de los moriscos de España, muchos de los cuales, como título de propiedad, conservan todavía llaves de las ciudades de Sevilla y Granada, es por demás viva la aversión que á España profesan, cosa que se explica, si se considera que sus progenitores fueron despojados de sus bienes, exterminados y de ella expulsados los que quedaron con vida. Todos los demás odian por instinto cuanto á cristiano trasciende, no sólo porque semejante pasión se les inculca al nacer y se cultiva con esmero en la escuela y en la mezquita, con la intención preconcebida de hacerles repulsivo todo comercio con la gente civilizada, — comercio que extirpando la ignorancia y la superstición, socavaría las bases sobre las cuales asienta el edificio político y religioso del Imperio, — sino también porque en el fondo del corazón, y sin que de ello sepan darse cuenta, abrigan un secreto sentimiento de la fuerza expansiva, creciente, amenazadora de los Estados europeos, de la cual han de ser víctimas tarde ó temprano. Sienten hacia sus fronteras orientales el rumoroso clamoreo de la colonia francesa: ven á los españoles fortificados en su costa mediterránea: á Tánger ocupado por una vanguardia cristiana de diferentes pueblos y naciones: las ciudades occidentales guardadas por negociantes europeos extendidos á lo largo de la costa del Atlántico, como una cadena de centinelas avanzados: embajadas que recorren el país en todas direcciones, en apariencia para llevar ofrendas al Sultán, mas realmente, como adivinan, para ver, escudriñar, husmear, corromper, y preparar debidamente el terreno, ... en una palabra, adivinan la perpetua amenaza de una invasión, invasión que imaginan acompañada de todos los horrores del odio y de la venganza, persuadidos como están

de que los cristianos alimentan, respecto de los musulmanes, idénticos sentimientos que abrigan ellos respecto de nosotros. Además, ¡cómo es posible que puedan trocar en simpatía hacia nosotros semejante profunda aversión, cuando nos contemplan enfundados en nuestros trajes de colores siniestros, y escuetos é impúdicos hasta el punto de dejar manifiestas nuestras formas; cuando nos ven cargados de libros de memorias, anteojos, instrumentos misteriosos; que todo lo examinamos, que todo lo queremos saber, que de todo tomamos notas, que todo lo consignamos, que reimos siempre y jamás oramos; que somos retozones, dicharacheros, bebedores, fumadores, pretenciosos, y tan para poco que sólo tenemos una mujer y ni siquiera un esclavo de nuestro país! Añádase á todo esto que tienen formada de Europa una idea oscura, algo semejante á una agrupación inmensa de naciones turbulentas, en las cuales reina constantemente una vida febril informada de ambiciones insaciables, pasiones desenfrenadas, revueltas, viajes, empresas temerarias, inquietud, vertiginoso torbellino, una confusión babilónica, desagradable á Dios, y se comprenderá que, dado su modo de ser, todo se convierte en razones que abonan la indicada aversión.

* * *

Gran estrépito en palacio, á consecuencia de la primera y única tentativa de conquista amorosa, emprendida por un cristiano de la servidumbre de la embajada. Este pobre muchacho, al cual, por lo visto, comenzaba á hacérsele insoportable la vida diplomáticamente austera que llevamos hace cuarenta días, como se percatara de una bella mora que,—sin que haya podido averiguarse desde dónde la vió,—estábase paseando

en un jardín, imaginó (nadie se halla exento de debilidades) que la dama en cuestión no tendría fuerzas para resistir los atractivos de su bella persona, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, ni poner mientes en el peligro que arrostraba, por un agujero del muro colóse en el cercado ajeno. Si, abocado ya con la ninfa, comenzó por hacer una declaración de amor, ó procediendo más expeditivamente, tuvo por mejor suprimir todo preámbulo; si la ninfa le prestó compasiva atención, ó dió á correr cual si se viera en presencia del diablo, extremos son que no han llegado á averiguarse, por lo mismo que en este país todo es misterio. Mas en cambio se ha sabido perfectamente que á deshora y como por arte de encantamiento brotaron de detrás de un seto cuatro morazos armados de sendos puñales, de los cuales dos le antecogieron, al paso que los restantes le perseguían, de suerte que, ó no hubiera salido vivo del jardín, ó por lo menos sin llevar algún ojal en las espaldas, como de repente no se hubiese presentado el cadí Hamed ben-Kassen-Buhammei, que con ademán imperioso detuvo á los cuatro jayanes, y dió lugar á que el fugitivo volviera á palacio sin el menor desperfecto en su persona. La nueva del suceso se difundió con la velocidad del rayo, produciendo un verdadero abarriero; el culpable recibió una solemne reprensión en presencia de todos, y el comandante, siempre ingenioso y oportuno, le enderezó por vía de repri-menda un sermoncillo que le impresionó vivamente.

—Las mujeres del prójimo, y especialmente las de los musulmanes,—decía el comandante,—deben ser respetadas: cuando se forma parte de una embajada europea en Marruecos, es indispensable hacerse cuenta de que un hombre no es un hombre; pues semejantes asuntos, en los países mahometanos, toman proporciones considerables, que generalmente conclu-

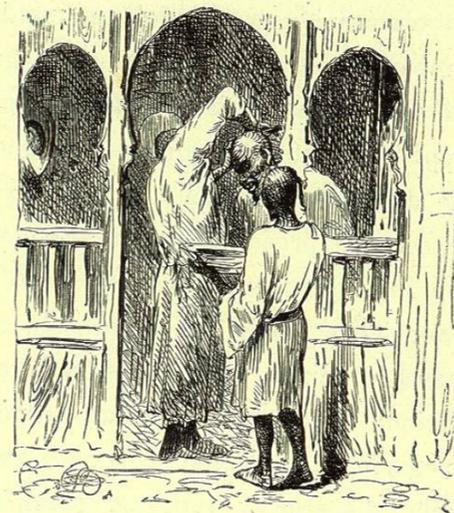
yen en cuestiones políticas y complicaciones diplomáticas. ¡Qué inmensa responsabilidad, — añadía, — para un joven, por otra parte honrado, que por no haber sabido resistir á un impulso poderoso... del corazón, hubiese encendido la guerra en su país, guerra cuyas consecuencias es imposible prever!

El pobre muchacho que, escuchando semejante discurso, imaginaba la escuadra italiana con cien mil hombres de desembarco, caminando hacia las costas de Marruecos, por culpa suya, mostróse tan profundamente asustado de su inconsiderada empresa, que se juzgó necesario no imponerle otro castigo.

* * *

Quisiera saber el concepto que tiene formado esta gente de su poder militar y del valor bélico, y respecto del poder y del valor de los pueblos europeos; pero no me atrevo á preguntarles directamente sobre dicho asunto, porque son todos ellos extremadamente desconfiados, y temo que mis preguntas puedan antojárseles una ironía ó una baladronada. Sin embargo, procediendo con cautela y sin que pudieran acertar el objetivo de mis inquisiciones, he conseguido alguna cosa. No les cabe duda alguna respecto de la superioridad de nuestro poder militar, puesto que si alguna tenían hace treinta años, cuando no habían recibido todavía ninguna lección seria, posteriormente las han disipado por completo sus guerras con Francia y con España, y en particular las dos famosas batallas de Isly y de Tetuán. Mas en lo que al valor se refiere, presumo que se consideran todavía superiores en alto grado á los europeos, cuyas victorias atribuyen á la artillería, al orden y á la astucia, ya que para ellos son mera astucia la

táctica y la estrategia; pero en manera alguna al valor. Tanto es así, que las victorias alcanzadas, gracias á aquellos medios, las consideran conseguidas merced al empleo de procedimientos indignos. Además de esto, el vulgo agrega á dichos medios el pacto con los malos espíritus, sin el cual ni los cañones ni las estratagemas habrían bastado á trastornar al ejército musulmán. Es verdad que no puede negarse el valor á los árabes de pura raza y á los berberiscos, que constituyen la porción más importante de la gente guerrera de Marruecos; ni siquiera desconocerse que se hallan en posesión de aquel valor común é indeterminado que con caballerosa reciprocidad se considera en Europa patrimonio de todos los ejércitos, puesto que sin él, y sin haber compensado con un valor



Barbero

á toda prueba lo que á su poder militar les faltaba, y no obstante las favorables condiciones del terreno y el auxilio secreto que les prestara Inglaterra, no habría sido posible al ejército marroquí, formado de elementos heterogéneos, mal dirigido, peor armado y completamente desatendido en lo que á su aprovisionamiento se refiere, hacer frente, durante casi un año, con una tenacidad que sorprendió á la Europa entera, al ejército español, disciplinado, perfectamente dirigido, provisto de todos los elementos de que dispone en la actualidad el arte de la guerra.